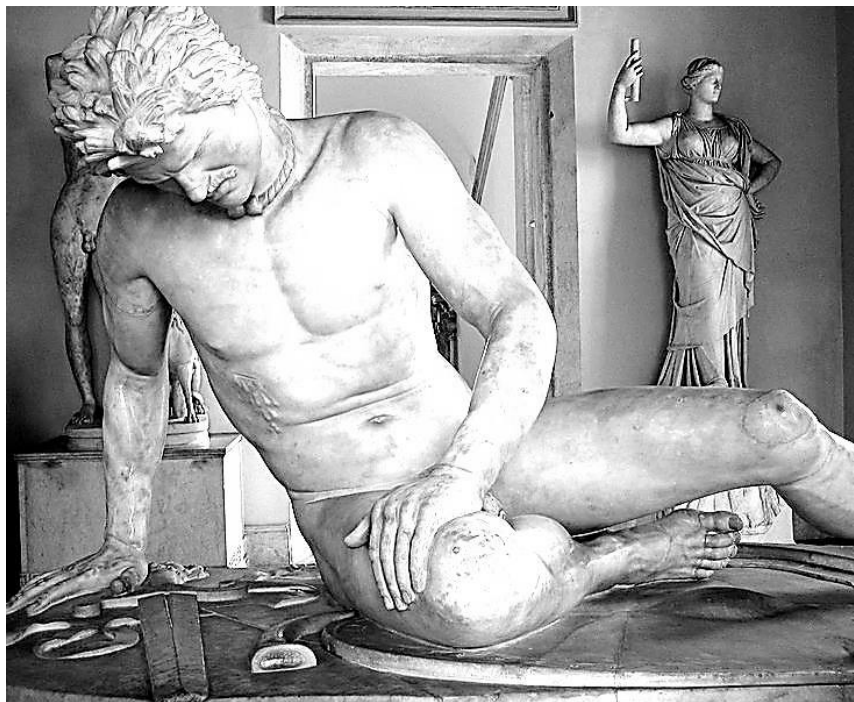


Unidad 6. Las escuelas morales del helenismo

1. Marco histórico
2. La pregunta por la felicidad
3. El epicureísmo
 - 3.1. Vuelta al atomismo
 - 3.2. No hay que temer ni a la muerte ni a los dioses
 - 3.3. La felicidad y el placer
 - 3.4. El epicureísmo después de Epicuro
4. El estoicismo: la filosofía oficial del imperio romano
 - 4.1. La razón y la divinidad
 - 4.2. La ética estoica: emociones y juicios
 - 4.3. El estoicismo tardío
5. El escepticismo
 - 5.1. Pirrón de Elis, iniciador del escepticismo
 - 5.2. Sexto Empírico: la imposibilidad de la certeza
 - 5.3. El escepticismo en la filosofía moderna



El Gálata moribundo copia romana en mármol de una estatua griega ya desaparecida, probablemente hecha en bronce, que fue encargada entre 230 y 220 a. C. por Átalo I de Pérgamo

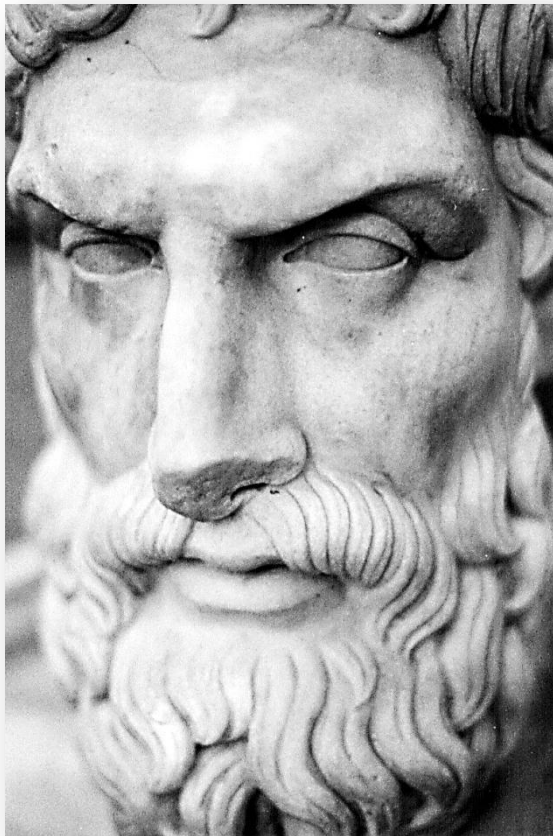
1. Marco histórico

Las ciudades-estado griegas fueron engullidas por el Imperio de Alejandro Magno (356-323 a.C.), el discípulo de Aristóteles, cuyas conquistas se extendieron desde Egipto y Persia hasta la frontera de la India. Así empezó el periodo helenístico (323-27 a.C.), en el que la cultura griega se extendió a través de todo el Mediterráneo. Los generales de Alejandro, a la muerte de éste, dividieron y gobernaron como monarcas absolutos los territorios conquistados (descendiente de uno de ellos fue Cleopatra —69-30 a.C.—, la Reina de Egipto) hasta que fueron absorbidos definitivamente por el Imperio Romano (en el 27 a.C.).

Los romanos fueron buenos soldados, ingenieros y arquitectos, pero no filósofo innovadores. La capital de la cultura en esta época fue la ciudad greco-egipcia de Alejandría, que acogió a muchos pensadores griegos, como el matemático Euclides, el médico Galeno o el astrónomo Ptolomeo.

2. La pregunta por la felicidad

La filosofía helenística se fragmentó en varias escuelas cuyo tema preferente fue la ética. La pregunta filosófica de la época fue: ¿qué es la vida buena? —y esto ya no podía significar ser un próspero ciudadano de una pequeña ciudad, como había enseñado Aristóteles, sino sobrevivir en un enorme sistema imperial, muchas veces corrupto—.



Busto de Epicuro, Museo Capitolino, Roma

3. El epicureísmo

La filosofía de la primera de las escuelas helenísticas fue, hasta cierto punto, creación de un único filósofo, Epicuro (hacia 341-270 a.C.). Su principal objetivo fue liberar al hombre del miedo, no sólo del miedo a la muerte sino del miedo a la vida. En una época en la que la vida pública era impredecible y muy peligrosa, Epicuro propuso la búsqueda de la felicidad y la satisfacción personal en el dominio de la vida privada. «Sé un desconocido» es una de sus máximas más célebres. Es completamente ajena a las ideas previas que recomendaban buscar la fama, la gloria o algo tan decente en apariencia como el honor. Pero el epicureísmo es, de hecho, una doctrina filosófica que pretende abarcar todos los aspectos de la existencia. Comienza con una determinada concepción de la física.

3.1. Vuelta al atomismo

Epicuro aceptó el atomismo de Demócrito, según el cual todo el universo material se compone únicamente de átomos y espacio vacío: nada más. Dado que es imposible que los átomos

existan a partir de la nada o desaparezcan en esa misma nada, Epicuro sostiene su carácter indestructible y eterno. No obstante, no es posible predecir sus movimientos, y las combinaciones que forman no duran para siempre. Por ello los objetos físicos, todos ellos formados a partir de una particular combinación de átomos, son efímeros. Su vida, pues, no es más que una sucesión de átomos que se unen para separarse luego de nuevo. Todo cambio en el universo consiste o bien en la repetición infinita de este proceso o bien en el movimiento a través del espacio de los objetos así formados.



Baco, o Dioniso, era el dios de los poderes embriagadores de la naturaleza, y se le asociaba con las orgías. Precisamente los epicúreos fueron acusados de practicarlas, cuando en realidad se oponían firmemente a ellas.

3.2. No hay que temer ni a la muerte ni a los dioses

El propio ser humano se encuentra entre los objetos formados de este modo. Así, un grupo de átomos particularmente sutiles se unen para formar un cuerpo y un alma bajo la forma de un ente singular, un ser humano, que existe como tal hasta que llega el momento, inevitable por otro lado, en que sus átomos se disgregan. Pero no se debe temerse esa disgregación. La disolución del ser humano significa que la entidad que somos deja de existir cuando morimos, de modo que cuando uno muere ya no existe como ser: mientras se vive la muerte no existe, y cuando uno está muerto, somos nosotros los que no existimos. Todo el conjunto de suplicios y torturas con que las religiones amenazan al ser humano tras la muerte no tienen ningún sentido, ya que no pueden tener lugar desde el momento en que no se es. «La muerte no existe», dice Epicuro, todo aquel logre hacer suya esta idea quedará libre de cualquier temor ante la idea de morir.

Por lo que respecta a los dioses, Epicuro logra prescindir de ellos sin necesidad de negar su existencia (algo que le habría puesto en serios apuros), afirmando que se encuentran muy, muy lejos y que, como dioses que son, no tienen ningún deseo de rebajarse al punto de intervenir en el caótico dominio de los asuntos mundanos. Así, inactivos en su distancia y desinterés, «no hay nada que esperar ni tampoco que temer de ellos». En el fondo hay que hacer como si no existieran.

3.3. La felicidad y el placer

Ya que estamos condenados irremisiblemente a la no existencia, deberíamos aprovechar al máximo las oportunidades que nos ofrece la única vida de la que disponemos. Nuestro objetivo es la buena vida en esta vida, la felicidad en este mundo. Y para ellos es imprescindible mantenerse al margen del cúmulo de violencias e incertidumbres de la vida pública y optar por convivir en comunidades privadas, en las que todo el mundo comparta ideas similares. Y puesto que gozar de una buena salud y mantener unas buenas relaciones personales lo requiere, debemos buscar los placeres con moderación, sin considerar prohibida ninguna actividad si no es dañina en sí misma.

Las comunidades que formaron los epicúreos estaban abiertas a todo el mundo, incluidos los esclavos y las mujeres, algo que atrajo sobre ellas el antagonismo de las sociedades circundantes. Cuando entró en escena el Cristianismo, ser epicúreo fue un anatema para los cristianos por cuanto tenía el epicureísmo de rechazo de la inmortalidad y de la existencia de un Dios benévolo, además de por su apología de los valores puramente terrenales.

3.4. El epicureísmo después de Epicuro

La más radical y más ampliamente leída articulación de la filosofía epicúrea es un largo poema escrito en latín en el siglo I a.C., *De rerum natura* (*Sobre la naturaleza de las cosas*) de Lucrecio (95-52 a.C.). Es una de las obras maestras de la literatura latina y tenía por objetivo principal introducir la doctrina epicúrea en la cultura romana.

Las doctrinas epicúreas permanecieron sin cambios a lo largo de la historia, quizá por ser la obra de un solo pensador. En la Edad Media Epicuro fue considerado el Anticristo por los cristianos y su doctrina casi desapareció; pero fue redescubierta en los siglos XVI y XVII y tuvo una significativa influencia en los inicios de la ciencia moderna y en el humanismo.

4. El estoicismo: la filosofía oficial del imperio romano

Zenón (334-262 a. C.), natural de Citio, Chipre, es el fundador del estoicismo. (No hay que confundirlo con el filósofo presocrático Zenón de Elea). La escuela por él creada se mantuvo como corriente filosófica durante casi cinco siglos.

Con el estoicismo, y a través de él, la filosofía dejó de ser algo específicamente griego y se convirtió en algo internacional. Esto fue una consecuencia directa de las conquistas realizadas por Alejandro Magno, que propiciaron la rápida expansión de la cultura griega por lo que podría llamarse el mundo civilizado —los primeros filósofos estoicos fueron principalmente sirios, los últimos mayoritariamente romanos—. Las voces de los más famosos estoicos proceden del conjunto de la gama de la jerarquía social: uno fue un esclavo (Epicteto) y otro un emperador romano (Marco Aurelio).

Los estoicos afirmaron que el único modo de acceder a la vida buena es tener fe tan sólo en la razón y desconfiar de las emociones puesto que, al final, los sentimientos siempre acarrearán infelicidad. El estoicismo rechazaba el orgullo humano y predicaba evitar establecer vínculos emocionales con los demás. Para los estoicos, el universo era en el fondo racional, por más que la vida social y política fuera cruel, injusta y absurda.

4.1. La razón y la divinidad

El núcleo del estoicismo radica en la idea de que no hay autoridad más importante que la razón. Las consecuencias de esta afirmación llevan a los principios básicos de la filosofía estoica.

En primer lugar, el mundo tal como nos lo presenta la razón, esto es, el mundo natural, es la única realidad que existe. No hay un mundo «superior». La Naturaleza está gobernada por principios racionalmente inteligibles. Nosotros somos parte de la Naturaleza. El espíritu de racionalidad que lo imbuye todo, al ser humano y a la Naturaleza, es lo que llamamos “Dios”. Y así concebido, Dios no se encuentra fuera del mundo y separado de él, es omnipresente en el mundo —es, por así decir, la mente del mundo, la autoconciencia del mundo.



La estoa de Atenas fue construida por Átalo II, rey de Pérgamo, hacia el 150 a. C. Fue reconstruida de 1953 a 1956, idéntica a la original, por la Escuela americana de arqueología. Alberga el Museo del Ágora de Atenas.

4.2. La ética estoica: emociones y juicios

Al formar el ser humano parte indisoluble de la naturaleza y no existir un mundo superior, no tiene sentido afirmar que vamos a algún otro lugar tras la muerte —no hay tal otro lugar al que ir—. Nos disolvemos en la naturaleza. Es precisamente por la ética que se deriva de esta creencia por lo que el estoicismo alcanzó su fama y su influencia.

Ya que la naturaleza está gobernada por principios racionales, hay razones para que la realidad sea como es. No podemos cambiarla, ni siquiera deberíamos desearlo. Por tanto, nuestra actitud ante nuestra propia mortalidad, ante lo que nos parece nuestra tragedia personal, debería ser la de una serena aceptación. Nuestras emociones son erróneas en la medida en que se rebelan en contra de eso. Los estoicos creían que las emociones eran juicios y, por tanto, elementos cognitivos: son formas del «conocimiento», tanto si son ciertas como falsas. Así, la codicia sería el juicio según el cual el dinero es un bien de gran importancia que se debe adquirir por cualquier medio —lo que sin duda constituye un juicio erróneo—. Si todas las

emociones se atuvieran a la razón, entonces nos proporcionarían tan sólo juicios verdaderos, y sólo entonces aceptaríamos las cosas tal como son.

4.3. El estoicismo tardío

La más notable y convincente exposición del estoicismo se encuentra en las obras de los estoicos tardíos, todas ellas escritas en latín. Las figuras más destacadas en ese período tardío son Séneca (hacia 2 a.C.-65 d. C.) y Marco Aurelio (121-180 d. C.). No fueron pensadores originales, en el sentido de aportar nada nuevo y significativo a la doctrina estoica ya existente, pero fueron tan buenos escritores que sus obras han sido leídas por muchos ajenos al ámbito académico. Constituyen la referencia imprescindible para todo aquel que esté interesado en introducirse en el mundo de los estoicos.

La ética estoica ha causado desde siempre respeto y admiración, incluso entre aquellos que no se han considerados fieles partidarios de esta corriente filosófica. No es fácil ponerla en práctica — pero, ¿qué ética digna de tal nombre lo es?—. Ejerció una influencia decisiva en la ética cristiana, que poco a poco iba cobrando una mayor importancia por las mismas fechas en que Séneca y Marco Aurelio escribían sus obras. Las palabras «estoico» y «estoicismo» han pasado a formar parte de nuestro vocabulario y se aplican, con tono de admiración, a aquellas personas afrontan las adversidades sin quejarse. Hay hoy mucha gente que, quizá sin reconocerlo conscientemente, subscribe un ideal ético que, en esencia, es el mismo que el de los estoicos.

5. El escepticismo

Los escépticos también aspiraban a alcanzar la vida buena, la felicidad. “El escepticismo”, afirmaba Sexto Empírico (siglo III d.C.), “produce la felicidad pues quien no tiene ninguna creencia dogmática está libre de toda preocupación”.

5.1. Pirrón de Elis, iniciador del escepticismo

El primero en hacer del escepticismo el todo y la finalidad de su pensamiento, adoptándolo como filosofía, como aquella filosofía que rechaza de forma activa creer en algo, fue Pirrón (hacia 365-270 a.C.). Inició una escuela de filósofos que llegaron a ser conocidos como “escépticos”; el sistemático y general escepticismo de éstos pensadores se ha llamado a veces “pirronismo”.



Sexto Empírico, un escéptico tardío

Pirrón fue un soldado de Alejandro Magno, que llegó a combatir en las campañas de la India. Conoció una gran diversidad de pueblos y países y eso le impresionó la diversidad de opiniones que puede encontrarse entre los seres humanos. Pues para toda creencia firmemente aceptada por un pueblo parece haber su réplica opuesta en otro. Y, por lo general, las razones esgrimidas en ambos casos parecen igual de buenas, o eso le parecía a Pirrón. Lo más que podemos hacer aceptar las cosas tal como se nos muestran: pero, dado que las apariencias engañan, no deberíamos asumir la verdad de una explicación a expensas de otra. Lo mejor es no preocuparse y dejarse llevar por la corriente; es decir, aceptar

cualquier costumbre o práctica que prevalezca en las situaciones en que podamos encontrarnos.

5.2. Sexto Empírico: la imposibilidad de la certeza

Las obras de Sexto Empírico (hacia 200 d. C.) constituyen la principal fuente de conocimiento de la corriente filosófica del escepticismo. Hay que mencionar: *Resumen del pirronismo*, *Contra los dogmáticos*, *Contra los sabios*.

Sexto Empírico retomó las ideas de Pirrón, dotándolas de una fundamentación mucho más sólida. Señaló que todo argumento o prueba se basa sobre una serie de premisas que ese argumento no justifica. Si se intenta demostrar la verdad de esas premisas mediante otros argumentos o pruebas, hay que recurrir a su vez a otras premisas indemostradas, y así hasta el infinito. Para Sexto, nunca se puede alcanzar un grado de certeza absoluta.

Si el escepticismo ha desempeñado un papel fundamental en la historia de la filosofía, ello se debe principalmente a que la certeza no es asequible mediante la argumentación, la demostración o la prueba —algo que no ha sido aceptado de forma unánime hasta el siglo xx, de ahí que la búsqueda de la certeza haya desempeñado un papel fundamental en el desarrollo histórico de la filosofía—. Lo que un argumento válido prueba es que las conclusiones a las que llega proceden de sus propias premisas, pero ello no equivale en absoluto a afirmar que dichas conclusiones sean verdaderas. De hecho, todo argumento válido empieza con la condición «si»: si «p» es cierto, entonces «q» debe ser también cierto. Pero siempre queda la duda de si «p» es cierto. La argumentación no lo prueba eso, puesto que lo ha aceptado, y asumir algo que se quiere probar es moverse en un círculo vicioso.

Así pues, cada «prueba» se basa en una serie de premisas indemostradas, y esto ocurre tanto en lógica, matemáticas y ciencias como en los aspectos más cotidianos de nuestras vidas. De todos modos, esto no quiere decir que un conjunto de creencias no pueda estar mejor fundamentado que otro: afirmarlo sería falso. No obstante, establecer esas nada fáciles distinciones entre nuestras creencias ha sido un largo y complicado trabajo a largo de la historia de la filosofía.

5.3. El escepticismo en la filosofía moderna

El más célebre escéptico de la era moderna es el escocés David Hume. Matizó su propio escepticismo subrayando que vivir es implica elegir, tomar decisiones, y que eso nos fuerza a formar juicios sobre las cosas, creamos en ellos o no. Dado que la certeza no está a nuestro alcance, estamos obligados a evaluar del mejor modo posible las realidades a las que nos enfrentamos, y por ello no podemos considerar las diversas alternativas con igual grado de escepticismo. Así pues, nuestro escepticismo debe, como dice Hume, mitigarse. Cabe dudar si alguien podría vivir de acuerdo con unos esquemas totalmente escépticos o, en caso de que eso fuera posible, si tendría sentido vivir de ese modo. Ahora bien, esta refutación del escepticismo, si es que lo es en realidad, no es un argumento lógico.

En la vida práctica, se debe tender hacia un equilibrio entre la búsqueda de una certeza que nunca se alcanzará por completo y la valoración de todas las posibilidades como si todas fueran iguales, cuando de hecho no lo son.

